

EXPOSICION DE 1838.



Cain y su familia

DESPUES DE LA MALDICION DIVINA.

Cuadro original pintado por D. José de la Revilla.

Grabado en madera por D. V. Castelló.

UNA COLONIA DE CATALANES.

Saliendo de Marsella por el muelle de *Rive-Neuve*, y despues de subir una colina bastante escarpada, se llega á una playa arenosa, azotada á cada instante por las olas del mar. En este sitio hay un anfiteatro de forma irregular, en el cual se eleva un mezquino lugarejo de aspecto pobre y miserable, al que llaman *Los Catalanés*, porque en efecto, le habita una colonia de pescadores españoles, establecida en el suelo provenzal desde tiempo inmemorial. Antes de bajar á la bahía de *Los Catalanés* ya se descubren algunas casas fabricadas con varios pedazos de roca y algunos casquijos de la orilla, redes puestas á secar sobre viejos mástiles enclavados en la arena, como veinte barcos de forma particular dentro de tierra, semejantes á las naves de los griegos en la ribera de Troya; mujeres de grande estatura vestidas de pana, corriendo de un lado para otro, de una barca á otra, y rodeadas de chiquillos medio desnudos; y á medida que uno se acerca á esta poblacion tan rara y de tan desolado aspecto, nada encuentra en ella que le convide á permanecer allí, y mucho menos á volver. Las doncellas se esconden, los chiquillos hayen dando gritos, los hombres se encajan hasta los ojos sus gorros colorados, sin dignarse mirar siquiera al extranjero; y sino fuera porque sus mujeres van á la ciudad á vender sus pescados, bien se podría asegurar que absolutamente ignoraban que á dos pasos de sus tristes chozas, existe una ciudad rica y populosa, en donde pueden encontrar ayuda y socorro. Jamás se ve á los hombres en Marsella; pero luego que vuelven los pescadores, las mujeres se dirigen al mercado cargando sobre sus cabezas grandes canastas llenas de pescados, que venden por junto á las revendedoras, y nunca á los particulares; se dirigen recíprocamente muy pocas palabras, las unas en *patois* probervial y las otras en *catalan*; cobran su dinero y vuelven á su solitaria playa, despues de comprar pan y algunos cabos de cuerda y plomo, únicas cosas de que se abastecen en Marsella.

Despues de una hospitalidad tan larga, no existen otras relaciones entre los *marselleses* y los *catalanes*; de manera que dos pueblos del mediodia, ambos alegres, ambos afectuosos, sin motivo alguno de aborrecimiento ni especie alguna de rivalidad, viven á pesar de eso el uno en frente del otro despues de siglos enteros, con una reserva de enemigos que no proviene ni de su carácter ni de sus costumbres. A nuestro entender, la culpa está de parte de los *catalanes*, que rechazan toda alianza, y toman las mayores precauciones para no mezclarse con los *marselleses*. Ellos tienen su médico que vá á visitarlos dos veces por semana; su capellan que confiesa todos los sábados á las mujeres y da la bendicion á los niños; en suma, no tienen necesidad alguna de los productos de industria de la ciudad; se hacen y arreglan sus redes, y se calafatean y reparan sus barcas de tresquilla, que son quizá su mas preciado tesoro, y van unidas á la historia de sus familias, contando algunas de ellas doscientos ó trescientos años; y semejantes á la nave de Jason, cambian muchas veces ya las quillas, ya los cables, ya las planchas que la forran, pero siempre es la misma barca para el *catalan*; la barca de sus antepasados. Marineros adivinos se internan en el mar mucho mas que ningun pescador marsellés, siendo esta la razon de que sus pescas sean mas abundantes. Esto se les perdona por la antigua costumbre que hay de verlos, y quizá tambien por-

que dan sus pescados á precio mas barato que los nacionales.

En 1817 habia un catalan llamado *Pepe*, de edad de 50 años, que era el personaje mas respetable de esta colonia, y el ciudadano mas eminente de esta república, superioridad que debia á su grande habilidad en la pesca, en que sobresalia á sus compañeros, no á que los aventajase en riquezas. *Pepita*, su hija, era la mas hermosa de las catalanas, y *Jacinta*, que así se llamaba su barca, venerable por su antigüedad, habia sido construida la primera vez cien años lo menos antes que las compañeras que la rodeaban. *Pepe*, verdadero marino, se miraba como en un espejo en su barca, que pintaba y calafateaba á cada viage que hacia, y regalaba continuamente á su hija *Pepita*, ya terciopelos, ya encajes negros, cambios que sin duda hacia en alta mar, con navios catalanes, á veinticinco ó treinta leguas de la playa. Cuando la pesca era abundante, *Pepita*, engalanándose con coquetería, se colocaba la canasta sobre la cabeza, y corria al mercado de Marsella con aquella gracia tan peculiar de las españolas, que en vano procuran imitar las mujeres de otros países. Estaba dotada de muy rara y singular belleza: sus grandes y hermosos ojos negros y brillantes, los llevaba siempre bajos, y es fama que no miraba nunca de frente, porque sabia que no se podía resistir el brillo de sus niñas; era alta y esbelta de talle, y á pesar de la forma oval de su semblante, la sonrisa de sus labios daba á conocer su buen humor, y una especie de gozo apasionado que decia muy bien con la blancura mate y algun tanto oscurecida de su tez, resto de la sangre africana, último legado de los fugitivos moros á los españoles sus vepedores. En toda su persona revelaba una especie de pudor particular, un sagaz recato que hacia adivinar que no venderia nunca su secreto si alguna vez le tenia.

Y en efecto le tuvo. Yendo una vez al mercado con sus peces, robó su atencion en una de las calles que conducen á él, un jóven de blanca tez y graciosa presencia, de pequeña estatura y sonrosadas mejillas, en lo que, á la verdad, no se parecia á ella; en fin un tipo verdadero del Norte, así como ella era una reproduccion del tipo meridional. Mr. Thomas Ludger de Rotterdam, que este era su nombre, era un jóven huérfano y rico que habia venido á Marsella á pasar uno ó dos años, hospedándose en casa de un antiguo corresponsal de su padre, comerciante en sedería. Por su parte Mr. Ludger no pudo ver muchas veces á la jóven catalana, sin experimentar un nuevo sentimiento hacia ella, una viva sensacion que jamás le habia hecho conocer en Rotterdam holandesa alguna por sonrosada y blanca que fuese. Habia en toda la persona de *Pepita*, en su continente, en sus largas y reprimidas miradas, una cosa que fascinaba á Ludger. Todo el mundo sabe las alabanzas que ha prodigado Lord Byron á las mujeres del medio dia, como los desdeñosos dicterios con que Diderot ha afrentado á las holandesas, entre otros el de *mantequilla bien preparada*. Ludger experimentaba la verdad de estas dos aserciones, quizá verdaderas ambas. Sin embargo, cuando se sintió cautivado por la hermosa doncella, al pronto se avergonzó: él, Ludger, que frecuentaba las casas de los principales señores de Marsella, y que estaba abonado al teatro, amaba á una pescadora! á una catalana! Si la arrogante *Pepita* hubiera podido traslucir estas llamaradas de un orgullo ridículo, ciertamente que Ludger no la hubiera vuelto á ver; pero el amor del holandés bien pronto escudía con mucho á su misma vanidad, así es que se decidió á seguir una conquista que al parecer se le presentaba fácil.

—Yo la daré, decía él, mucho dinero para que deje de vender pescado, y la daré colocación en un almacén.

Desde este momento comenzó á seguir á la doncella, pero sin atreverse todavía á acercarse á ella. Pepita le dejaba que la siguiese, pero cuando se acercaban ya á los Catalanes, le hacia señas para que se retirase, sin que se atreviese Ludger á desobedecerla. Por último aunque de naturaleza tan diferente el uno del otro se esperaban mutuamente en un lugar tácitamente convenido, y allí hablaban sabe Dios en que lengua. Pepita no sabía mas que el catalán, y Ludger mezclaba con dos palabras holandesas una francesa, farfullando así los dos idiomas. Sin embargo el amor es un gran maestro de idiomas, y al poco tiempo ya se entendían perfectamente; pero en medio de estos reciprocos cambios de promesas y juramentos, en medio de los sueños de una vida consagrada mutuamente que debían pasar el uno al lado del otro, no tardó mucho la catalana en obtener una superioridad muy ventajosa sobre su amante, que no pensó mas en seducirla, sino que por el contrario fundó toda su felicidad en casarse con Pepita y poseerla para siempre, á cuyo fin quería absolutamente ir á los Catalanes, presentarse á Pepe el pescador, y pedirselas en matrimonio.

—No, no, contestaba la catalana, á semejante proposición, porque él te rehusará.

Por ventura, es muy rico? replicaba Ludger.

Pepita se sonreía, y el tiempo se pasaba en vano en un amor estéril para el joven que la proponía un rapto y un enlace clandestino.

Por fin un día se acercó Pepita desalentada á Ludger y le arrastró vivamente en pos de sí.

—Venid, venid, gritaba ella precipitándose, mas bien que marchando hacia los Catalanes, venid á comprar la Jacinta.

Ludger la seguía sin comprender lo que pasaba, pero resuelto á obedecer á la que amaba, llegaron á Los Catalanes, y fueron testigos de una escena que horrorizó al buen holandés poco acostumbrado todavía al espectáculo de las pasiones meridionales. Despues de una pesca bastante larga las barcas acabaron todas de llegar á la ribera coronadas de alga marina llenas hasta el borde de peces.... Una sola, la Jacinta, estaba desocupada: de sus lados colgaban sus redes desgarradas, y el San Jacinto que adornaba su proa cubierto de fango y enteramente mutilado demostraba bien á las claras la cólera de Pepe y su impotencia para procurarse buena pesca y hasta para defenderse á sí mismo. Pepe, con los brazos desnudos, el pecho descubierto, los cabellos en desorden y mezclados de algas y yerbas marinas, daba vueltas enderredor de la barca, como un perro las da al rededor de un toro antes de acometerle y agarrarse á sus orejas.

—Eh! Eh! Jacinta, gritaba, Jacinta, viejo esqueleto ciego y sordo, al fin me vas á pagar tus necedades.... ¿Porque hiciste huir á los peces delante de tí, en vez de atraerlos como has hecho hasta aquí? ¿Por qué me has dejado volver con las manos vacías? Pues bien, ya se concluyó, porque no quiero mas servicios de tí, Jacinta.

Con una extremidad de una cuerda que tenía en la mano azotaba los flancos del pobre vagel, insensible, como es de suponer, pero sin embargo sus planchas sonaban con los golpes, y producían como un gemido lastimero. En seguida se paraba delante de la proa y llenaba de improperios á la figurita mutilada del San Jacinto que la decoraba. —A tí tambien, mal santo, añadía; no, tu no estas en el paraíso, que eres un traidor, un embustero, un santo sin fé.... Dime, qué te he hecho yo para que te portes conmigo de esta manera? Cómo no darme peces! nada!.... á pesar de mis oraciones y de tus prome-

sas! Ba, baja de ese lugar!.... ya nos hemos malquistado para siempre.

Con la extremidad de la cuerda pegó al santo, y diseminó por la arena los pedazos de la estatuita de madera. Sin embargo los otros Catalanes, gente de suyo poco caritativa é inclinada á escarnecer á los demas, pasaban una y muchas veces por delante de Pepe con sus canastas atestadas de peces; y no escaseaban al pescador desgraciado ni los sarcasmos ni las pullas.

Entonces Pepe mas irritado, se recostó contra la Jacinta, y golpeando con su larga mano sus lados cóncavos:

—¿Quién la quiere, gritaba, quien quiere esta infame barca, la vieja Jacinta, que ya no tiene dientes con que morder; quien la quiere, que la venda en 500 libras?

—Comptala, dijo por lo bajo Pepita á su amante, empujando á Ludger de modo que se encontráran á cara con Pepe.

—La quieres tú? dijo el pescador presentándole la mano; pues bien, tócala y desde ese momento es tuya.

Ludger, amigo de la formalidad como buen comerciante holandés, sacó del bolsillo una carterita de taflete, rasgó dos hojas, escribió en una una fórmula de venta, y en la otra una letra de 500 libras que él se obligaba á pagar á tres dias vista; presentó ambos papeles á Pepe para que se guardase el uno y firmase el otro. Pepe puso con un lápiz la señal de la cruz sobre el convenio de la venta, y se lo devolvió á Ludger que cerró con cuidado su cartera, y se la metió en el bolsillo.

Terminado este acto, Pepe miró con aire de triunfo á los pescadores que le rodeaban, y en seguida se retiró á su choza, exclamando:

—Ya está vendida la Jacinta, ya está vendida.

Por lo que hace á Ludger se habia dejado guiar por la superior inteligencia de Pepita, sin comprender el objeto que se proponía.

¿Qué querrá ella, se decía, que haga yo de la barca de su padre? ¿pensará quizá que yo he de coger mas peces que él, y que San Jacinto ha de mostrármese mas propicio?

Sin embargo, al tercero día Ludger debió ya saber por Pepita ó al menos adivinar el medio por el cual podía hacerse dueño del pescador. Luego que amaneció, el joven holandés acompañado de dos carpinteros bien provistos de sierras y martillos, se encaminó hacia Los Catalanes. El sol se elevaba magestosamente con toda su hermosura y esplendor sobre un cielo de oro y azul, el mar estaba en calma y sus espumantes y suaves oleadas venían á morir salpicando en la playa. Pepe estaba trabajando hacia mucho tiempo, y su alma lo mismo que su semblante guardaban mucha armonía con el cielo y con la tierra. Ya no era aquel hombre agitado del día anterior: su cólera salvaje é insensata calmada por el sueño habia sido reemplazada por la actividad de un hombre trabajador; parecia que no se acordaba ya de la escena que habia pasado poco tiempo hacia: del mismo modo que el descanso de la noche hace olvidar á un bebedor el exceso de una embriaguez todavía reciente. Pepita, sentada á corta distancia de su padre, rehabilitaba silenciosamente una red; el pescador volvía de cuando en cuando la cabeza á su barca, como un padre que examina con piedad y amor la cuna de su única hija: contaba los clavos, les quitaba el moño, tocaba la madera, y acusaba á la mar de los ultrajes que recibió de Jacinta. De un lado las olas habian comido la pintura; mas ábajo la quilla del medio se habia rajado tropezando en el fondo. Por último recogió con un celo supersticioso todos los esparcidos pedazos del santo, proponiéndose allá en su interior no fiarse de sí mismo para restaurarle, sino dirigirse á este fin á un escultor de Marsella. En este instante llegó Ludger con sus

carpinteros, y golpeando á Jacinta con aire de dueño:—Ahora vais á destrozarme este cascajo, les dijo, ea, sus, manos á la obra.

—Quién habla de tocar á Jacinta, exclamó Pepe furioso y asustado?

—Es verdad señor Catalan, dijo Ludger; tiene V. razon que aun no le he pagado su dinero, pero hay vá, tómele V.

Así hablaba el impasible holandés mandando con una mano á los obreros que empezasen su trabajo; y con la otra ofrecía á Pepe un bolsillo en el que sonaban 25 piezas de oro.

—Deteneos, exclamó Pepe avalanzándose á los carpinteros, y arrojando lejos sus martillos y sierras; deteneos, no toqueis á Jacinta, no la toqueis, si apreciáis en algo vuestras vidas.

—Cómo, señor Pepe, dijo Ludger; pues qué la barca no es mía? no me la ha vendido V.? Ahí está su dinero: recójalo y déjeme á mí hacer lo que se me antoje de lo que me pertenece.

—Nadie se adelante, gritó el pescador apretando los puños.

Aunque Ludger era afable de carácter, sin embargo no por eso era cobarde.—Aquí esta la escritura de venta que V. mismo ha firmado, decia; el contrato está cerrado legalmente, y si V. se opone á cumplirle, yo iré á pedir socorro á la justicia.—

Entonces Pepe á su vez amansó su carácter, se adelantó hácia el joven, le tomó la mano mostrándole que este contrato no podía tener efecto, porque cuando se celebró no estaba él en su sano juicio: que lastimado su amor propio, había procedido imprudentemente llevado de un acaloramiento: que la Jacinta era realmente suya porque la heredó de su padre, de su abuelo, de sus visabuelos: que á ella iba unida su vida, y su felicidad en este mundo y tambien en el otro, porque cuando pasara á otra vida todos sus difuntos antecesores con San Jacinto á la cabeza le rodearían y preguntarian.—Y la Jacinta? dí, qué has hecho de ella?

—Ludger respondió con indiferencia que podia muy bien ser verdad lo que decia, pero que la barca ya era suya, como que la habia legalmente comprado por su justo precio. Pepe le replicó que sabia adonde iba á parar, pero que á un viejo Catalan como él, le sobraban algunos pesos duros en su buchaca; que no tenia Ludger mas que pedir lo que quisiera, que él lo daría con tal de rescindir el contrato; y que aun en el caso de que pidiera mas de lo que él pudiera darle, escribiría á Barcelona, y sus parientes de Cataluña le sacarían de cualquier apuro.

Ludger sin embargo permanecia inflexible.

—Pero, acaso eres tú pescador? le decia Pepe; y si no lo eres, para qué quieres la barca?—

Ludger respondió con imperturbable serenidad que su intencion era deshacer la Jacinta, y hacer de sus pedazos monda-dientes. El pescador se encendió en cólera. A este tiempo Pepita levantándose vino á colocarse entre su padre y su amante. Ludger pareció deslumbrado por la hermosura de la doncella, y entonces el padre, aprovechando esta feliz coyuntura, exclamó:

—Hazme ese favor, joven, hazme ese favor; complácese á mi hija: si lo rehusas la harás llorar, y la privarás de un marido; Jacinta es su dote.—

Ludger la contempló por mucho tiempo de pies á cabeza, dejando vagar sus ojos desde su esbelto talle á sus hermosos y negros cabellos; admiraba su ligera y graciosa sonrisa que en este momento tenia algo de mas bella que de ordinario: por último despues de tan detenido exámen vaciló un momento, se ablandó despues, y al fin cedió y

dijo al Catalan, cuya alma parecia enteramente que habítaba en sus ojos.

—Quedaos con vuestra barca, pero dadme á vuestra hija por esposa.—

—Pepita! Pepita! gritó el pescador; pero ella no querrá quizás....

Ludger hizo una seña, y uno de los carpinteros que habia recobrado su martillo, dió con él un golpe en la barca y saltó una astilla.—

—Ah! padre mio, yo me casaré con él, (dijo la astuta Catalana, precipitándose en los brazos de su padre), yo me casaré con él por salvar á Jacinta.—

Se reparó la barca, el santo fue restaurado y colocado de nuevo en la proa: Jacinta volvió á parecer galana; pero se aprovechó de la leccion, y Pepe continuó siendo el pescador Catalan mas afortunado, así como era tambien el mas diestro.

Pepe se hizo rico, y Ludger fue buen marido. Y esta fue la única vez que Los Catalanés contrataron bodas con los extranjeros de Marsella.



LAS SILLAS DEL PRADO.

Fragmento de un artículo de COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS.

En el número de la publicacion mensual titulada REVISTA DE MADRID se insertó un artículo de costumbres de nuestro CURIOSO PARLANTE bajo el título que antecede, y deseando complacer á nuestros suscritores que han manifestado deseos de verle estampado el SEMANARIO, lo verificamos hoy aunque no por completo por parecernos demasiado largo para este periódico, pero conservando la parte mas substancial de dicho artículo.

El autor se figura una noche clara y serena del mes de agosto en la cual el Dios Apolo de la fuente del Prado, saliendo de su marmorea inaccion siente la vitalidad suficiente para entablar un diálogo animado con las sillas que campan en su derredor, solicitando de ellas que le relaten sus aventuras y reflexiones sobre las costumbres político-literarias de la época, cuya voluntaria flecion da lugar á que tomando aquellas le palabra alternativamente, tracen diferentes cuadros de varias clases de la sociedad moderna, y entre ellos los siguientes. Se supone que quien habla es una de las sillas.

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo entre vuesa merced y el señor Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venian á incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que

hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar que gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atención á sacar el ovillo de su profesión por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas oyéndolos hablar de *colores* y *matices*; otras encarecían sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de almacenistas de la plaza ó drogueros de Santa Cruz; discurrían á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomábamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decían *órganos* de no se qué coro; ora se daban el título de opinión pública, y de *juicio del país*; y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni que juicio, ni que luces, ni que fondo, ni que colores, ni que órganos, ni que palabrotas eran aquellas, hasta que quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino como llovido á resolver nuestras dudas, saludándoles sombrero en mano con estas palabras. — «Salud, señores periodistas.» —

— ¡Voto á...! (esclamó Apolo saltando espelusnado como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah! hi de puerca tú, y la madre que parió, y que gentes me traes á la rueda! ¡aquellos por quienes yo padezco y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del francés! Hablárásle á Apolo de herejes judaizantes, ó de moriscos recién convertidos, de caribes antropófagos, ó de negros bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de comunicacion con esas gentes, gustoso habre de disimular mi encono, aprovechando la ocasion que se me presenta de informarme de su condicion y travesura; y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no de gusto, podrá servir á mi délfica persona de interés y aprovechamiento. —

— Tuvímosle y no poco yo y mis compañeras, volvió á replicar la silla, con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel conclave, pues siendo como á cada paso repetían la expresion *formulada* de la pública opinion, poníamos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo! y que chasco tan estupendo nos llevamos; y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el language convencional en que fue sostenido aquel diálogo; language tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarles tampoco sino ha por ahí á la mano un diccionario de esta moderna gregueria.

Porque ellos, á lo que pudimos entender, se clasificaban en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y compadrazgos como decíamos antes) apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuales *retrógados*, y cuales *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberanía de la inteligencia*; de los otros *el instinto gubernamental*; aquellos estaban por la *aplicacion práctica*; estos por las *sublimes teorías*; los de alla se decían maestros de la *vieja escuela*; los de mas acá se proclamaban los nuncios de la *futura España*. Una vuesa merced á aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabras de *oposicion* y *resistencia*, el *poder* y las *masas*, la *interpelacion* y el *voto de confianza*; la *orden del dia* y el *bill de indemnité*; las *colisiones* y *pronunciamientos*, *fusiones* y *pasteles*, *derechos* y *garantías*; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en

una accion mas que medianamente enérgica y apasionada; descubrá á vuelta de cada frase sendas pullas mas ó menos al alma contra la opinion contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del país; que el diablo me lleve si al país no le sucede lo que á nosotras en cuanto á entenderlos. —

— Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él á una Direccion ó á un Ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvío hácia mi persona, y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya en fin advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido Dios levantóse resueltamente haciendo ademán de arrojar el instrumento en el pilon de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstantes se abalanzaron á contenerle, y una mas atrevida, que no sin harto trabajo habia callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó: —

— Alto allá, señor Apolo, no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y á poco que se revuelva tropezaré con dos ó centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; ingenios precoces y prematuros, que así mascan y comentan el *fucro juzgo*, como entonan una jaculatoria á la eternidad; ora sustentan un argumento *a priori*, ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mujeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas, y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Monterra; que todavia no han saludado mas que el salon de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas, y á las pocas mesas tropezará en papelotes borragados llenos de renglencitos desiguales que al pronto tomará por informes ó extractos; pues tambien son coplas, mas ó menos malas, que de todo hay, y el diablo me lleve sino topase con alguno de estos expedientes en variedad de metros, en que venga á decirse poco mas ó menos v. g.: «Excelentísimo señor: — El Excelentísimo señor secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente: — Excelentísimo señor: — Al Excelentísimo señor Presidente de... digo con esta fecha lo que copio. — Excelentísimo señor: —

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía
sin ensueños, sin gloria, sin temor;
igualar con la noche al claro dia,
y dormir en fatídico estupor.....

Excelentísimo. Señor.

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dese luego una vuelta por los cafés, que son como si digéramos los estanquillos del Parnaso, (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo) donde á cualquiera mesa que se acerque está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre

andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último, nos ocupan á mí y á mis compañeras todas las tardes dos ó tres horas; y por la miseria de los ocho mrs. de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas á grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que mas quisiéramos sufrir la relación de las batallas de un militar pretendiente y recién llegado del ejército, ó las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un día de revista, ó el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.—

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me habláis de una prodigiosa abundancia, de una generación entera de sábios y poetas; y yo Apolo, el Dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contaís sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿que es esto? ¿Son ellos los sábios, ó yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

—Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Además, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una generación educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública y á la violenta agitación de las revoluciones políticas. No, sino vénganos V. ahora con sus dulces caramillos y con sus *Melámpos* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su cayado, cuando el que mas y el que menos anda por esas calles hecho un Bernardotte, y sabe muy bien manejar el fusil, ó sublevar á un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redacción de su periódico.—

—Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el Dios, y no hablemos mas en esto, ó sino le encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es ó no de algodón cardado. ¡Habrás visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subirme á las barbas! Pero ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencia de los poetas del día!

—Vaya, vaya, señor Ex-numen, no hay que llorar, ni sonarse tan á menudo, (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas); dejélo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga: y sino inspira ya á los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario: si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra á un almacén de quincalla en la calle de la Montera; sino hace bailar á las musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, ó en los jardines de Chamberí. Con que no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda aunque sea de mancebo de una tienda, ó de pasante del colegio nuevo; que día vendrá en que pare la nube, y en que se causen las gentes de espectros y calaveras, volviendo á entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena, y con que no se ofende á Dios.

Entre tanto, para que no vaya vuesa merced á pasar

por un malcriado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quíerole dar yo un repaso del de la buena sociedad, que aquí donde nos ve no hay nadie que tenga mas roce de gentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario.—Eso me toca á mí de derecho (exclamó *Columpios*), que soy la mas jóven, y como tal susceptible de la inoculación intelectual de las novísimas doctrinas sociales.—Yo (saltó á este punto *Montserrat*), por mas aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y.... —Nada de eso pega ya (replicó *Tranera*), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres, con que yo.... —¿Y me he de estar callando, interrumpió *Tres-pies*, yo que guardo en mis adentros cosas estupidas y dignas de ser puestas en solfa?—Pido la palabra.—Pues yo la tomo.—Pues yo la agarro.—Pues yo no la suelto.—Pues yo.... —Pues tú.... —Pues sí.... —Pues no....

Y aquello se convirtió, como si digéramos, en un verdadero parlamento en día de interpelación. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncás, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oír á las demás; y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habian escuchado aquella tarde en el paseo, con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazón á poblar de pasantes: en fin una barbaridad tan discordante é inconexa como la siguiente.—

—«¡Jesus qué calor....!—Diez y ocho años y soltera
—¿Qué dice V. de la guerra?...—Este correo trae mas
vuelo el figurin.—Ay mamá! es preciso ensanchar este
sombrero.—El de mi marido tambien.—¿Y no le parece
á V. una injusticia que....—Dicen que era sobrino de
S. E.—Es excelente autor.—Discipulo de Vensano.—
Y aquella noche le cerró la puerta.—Porque no estaba
en voz y....—Hoy lo he leído en el Correo Nacional.—
¿De qué color es esa tela?...—Mira, á la Fulana con
sus niños y su marido....—Es el editor responsable.—
Como no sabe firmar....—¿Te subes á la otra vuelta?
—Despues de cenar.—Anoche estuvimos en Francia.—
Le han hecho intendente.—Y de qué sirven los libros?...
—Porque en tiempos de revueltas políticas....—Pierde
el pan y pierde el perro.—Y de cuántos meses estaba?
—Era una ligera interpelación.—Con que se ha cansado
de él?...—Es una vida muy circular.—Y el vestido es pre-
cioso.—Con prima á sesenta dias á voluntad del com-
prador.—Dicen que el Ministerio hace dimision.—¿Da-
mos otra vuelta?»—

—Basta, basta, canalla infernal, dijo enfurecido el Dios, apresurándose á trepar á su sitio acostumbrado; basta ya con vuestra diabólica gritería, que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y que noche me han dado las perras, y que amargas verdades me han encajado que quieras que no. Ea bien, tiempo es de callar, que ya estoy viendo á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, porque se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere gana de echarla á perros, se les avisará á domicilio, y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador.—

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, graves y en correcta formacion.

EL CURIOSO PARLANTE.

ESTAFAS DE UNAS GITANAS.

El siguiente hecho que leemos en las columnas del *Correo nacional*, nos parece un verdadero cuadro de costumbres que podria figurar airosamente en una novela del siglo XVII, y como tal y como testimonio histórico, aunque poco conforme con una época en que la malicia gitana apenas puede hallar inocentes victimas, nos parece del caso reproducirle aqui, para edificacion de la posteridad y consuelo de los presentes.

T tiempo ha que debiera llamar la atencion de las autoridades de esta corte el gran número de gitanas que discurren por sus calles, que no teniendo en lo general otros medios de subsistir que los que les proporciona (cuando no el robo) su astucia y charlataneria, viven á costa de la ignorancia y supersticion de ciertas gentes, que creyendo todavia en maleficios y sortilegios, tan contrarios á las máximas de nuestra sagrada religion, esperan por su medio conseguir una gran fortuna, ó ver realizados sus quiméricos proyectos; y decimos que la autoridad debiera vigilar con el mayor celo á esta clase de mujeres, porque con no poca frecuencia estamos viendo los robos y estafas que ejecutan con aquella finura y sagacidad, que, no se puede negar, las distingue. Para los imbéciles que las oyen como á un oráculo y que las interrogan sobre su porvenir, que á ningun mortal les es dado descifrar, sirva de escarmiento el hecho que vamos á referir que ridiculiza hasta el extremo á aquellos que se dejan burlar tan neciamente.

Doña Manuela Azcoitia, vecina de esta corte, estando desavenida con su esposo, y habiéndole dicho unas gitanas, que por casualidad fueron á su casa el 1.º de octubre del año último, que por medio de sus sortilegios se comprometian á hacer que este se reuniese con ella, ó en otro caso se ausentase, las hizo entrar en su habitacion para que le echasen las cartas ó dijese la buena ventura, ejecutando estas, colocando al efecto la baraja en el suelo á dos varas de distancia de la Doña Manuela, quien habiendo elegido una carta, segun se le previno, á las espresiones de: «Antonio Lopez Acebedo, si me quieres ven aqui,» dichas por una de las gitanas, la vió salir de entre las demas, viniendo á parar á sus pies; por lo cual la pronosticaron que antes de poco tiempo recibiria una gran suma de dinero en oro, añadiendo que para que tuviese esto efecto, tenian que trabajar mucho por su parte; despídense en seguida, llevándose 20 rs. vn. y un frasquito que pidieron para comprar cierta cosa en la botica, que dijeron habia que mezclar con un poco de agua bendita, que debiera tener preparada para cuando volviesen. Por la tarde se presentan nuevamente, piden el agua bendita, y derramando en ella unas gotas del espíritu que supusieran contenia el frasquito, hacen que la Azcoitia coloque en este líquido cinco duros en plata, y que lo guarde donde nadie lo vea; despues de lo cual se retiran, imponiéndola observe el mas profundo silencio sobre este particular. (En el secreto estaba el busilis.)

Vuelven al dia siguiente á continuar su obra, empezando por decir á la Doña Manuela que por disposicion del autor que las dirige, se ven precisadas á estar 48 horas trabajando debajo de tierra á fin de que acertase la quinteria á la lotería, que era el medio por el que adquiria la gran fortuna que le habian pronosticado; y manifestando que en su casa les estaba vedado disponer ningun género de comida cuando se ocupaban en estos trabajos, dicenla tenga preparadas para el dia siguiente cinco libras de chocolate de lo mejor. Presentáanse al otro dia las gitanas, y la que hacia de cabeza, llamada Rafaela Gonzalez, recoge el chocolate y manda á la Doña Manuela, que encima de los cinco duros, que estaban en el agua bendita, ponga seis onzas de oro, que debería pedir caso de no tenerlas, porque tal era su suerte, que la darian el copon si llegase á pedirlo. Ejecutólo así, y habiendo vuelto la Rafaela poco despues, pidió las onzas y duros que estaban en el agua, porque tenia que trabajar con ellos desde las once de la noche en adelante; pero como manifestase la Azcoitia que este trabajo no podia ejecutarse en su casa porque lo observaría la familia, (esto era precisamente lo que apetecia la gitana), ofrecióse á hacerlo en la suya, que la tenia en la calle de la Comadre, núm. 36, donde dispuso se la lleváse el dinero; mas diciendo que antes queria hacer una prueba, pidió un vaso de agua, un terron de sal, lumbré y una pajuela que encendió, y despues de haber pronunciado algunas palabras, al parecer misteriosas, la apagó, ordenando á la Doña Manuela que juntamente con el dinero llevase 50 números escritos en un papel, seis varas de lienzo y algunos pañuelos grandes ó colchas, que dijo necesitaba para trabajar debajo de tierra, ofreciendo devolverlo todo luego que se hubiese sorteado la lotería á que habia de jugar los números que la diese, que serian los mismos que saldrian premiados.

No dejó Doña Manuela Azcoitia de hacer cuanto se le habia mandado por la gitana, y entrando en casa de ésta el dia siguiente á el en que la habia hecho entrega de cuanto la pidió, vió salir á la Rafaela en cueros de una cueva con una luz y un manojo de llaves en la mano, diciéndola: «Ahora salgo de trabajar en obsequio de V.» Vistióse, y tomando acto continuo los números que habia llevado escritos en un papel, los introdujo en un puchero nuevo en diez papeletas, y la hizo decir por dos veces: número el que me sigues, si eres de fortuna ven aqui; pero ninguno se dá por entendido (no era tiempo por lo visto), amostázase la gitana, dá una patada en el suelo acompañada de una enérgica exclamacion, y le dice á la Azcoitia: «V. por fuerza trae dinero en el bolsillo (es de advertir que le habia mandado llevase ocho onzas de oro) y el número no puede obedecer; contéstala afirmativamente, hace entrega de la espresada cantidad, y ¡oh fortuna! Repitiendo entonces las mismas palabras salta del puchero una papeleta, y viene á caer en la falda de la Doña Manuela, quien desde aquel momento considerándose feliz, colma de bendiciones á las gitanas, y se despide de ellas, para ir á jugar los cinco números, prometiéndolas parte en sus ganancias y un agradecimiento eterno.

Llega el suspirado dia en que se sortea la lotería primitiva, no tiene paciencia la Azcoitia para esperar á que los muchachos pregonen á ochavito los fijos, sino que vuela á la casa de los Consejos; no era hora; llega esta por fin y no se atreve la Azcoitia á respirar por temor de no oír al doctrino cantar los números; sale el primero y un frío sudor corre por la frente de esta mujer; no era ninguno de los que habia jugado. No pierde todavia la esperanza; sale el segundo y su turbacion crece de punto, y por último llega casi á perder el conocimiento cuando ve que no ha acertado un solo número. Conoce en-

tonces cuán neciamente ha sido engañada, llénase de indignación, corre á casa de las gitanas para que la devuelvan cuanto las había entregado, y ¡oh nueva desgracia! ya estas habían desaparecido llevándose 6,640 rs., cuya mayor parte había tenido que pedir prestados la Azcoitia, y además varios pañuelos, sábanas y otros efectos.

Dirigese en seguida á la autoridad, refiere cuanto le ha ocurrido, y pide se castigue á las gitanas. Practícanse diligencias en averiguación del paradero de estas; sabese que hacia pocos días habían salido con dirección á Valencia; son aprendidas el 12 de noviembre Aurora Castelló é Isabel Suarez, la primera por haber acompañado á la

Rafaela uno de los días que fue á casa de la Azcoitia, pero que no había tomado parte en los enredos de aquella; y la segunda por usar un pañuelo perteneciente á la Azcoitia: mas como digese que le había cambiado por otro á la Rafaela, no se le pudo hacer cargo alguno. Mandóse armar pieza separada contra Rafaela Gonzalez, Ramona Hernandez, María Gonzalez (a) la Nena, y Violanta Jimenez, reos prófugos; y á Isabel Suarez y Aurora Castelló se les dió por pena la prision sufrida. Puestas en libertad bajo fianza el 1.º de abril último, ha sido confirmada por la audiencia territorial la sentencia del inferior.

EXPOSICION DE 1838.

ESCULTURA.



F.B. 2. 12

Ulises reconocido por Euriclea.

Grupo ejecutado por D. P. Ponzano.

Grabado en madera por D. F. Batanero.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.

Ayuntamiento de Madrid